

Dos definiciones más de filósofo

¡Como si fueran aún pocas las que se han dado! Platón, que fue filósofo –de los primeros y de los grandes, y lo es todavía–, nos ofreció, al menos, cuatro.

Filósofo es el hombre que sea capaz de abarcar o comprender todas las cosas. Y afinando la traducción de la palabra griega, correspondiente a «abarcarse»: filósofo es el capaz de «abrazar reverentemente» todas las cosas; universalidad cuantitativa y cualitativa, mental y afectiva.

Filósofo es, además, el amigo de mirar; y, haciendo de nuevo la debida cortesía a la palabra griega, filósofo es el espectador del mundo en cuanto «teatro»; el capaz de ver el universo cual «teatro», el amigo del «teatro universal».

Van dos definiciones, nada fáciles de realizar por el hombre-griego o no griego. Si no, póngase el hombre-lector a cumplirlas, y verá.

Pero en el *Diálogo «sofista»* Platón nos da dos más, dos más a pensar. Filósofo es «el loco de remate». Hagamos, una vez más –y van tres–, la reverencia de buen gusto a la palabra griega, y digamos: filósofo es el loco en «todo y de todas maneras». Serlo en algo, en su tema –«cada loco con su tema»–, es frecuente, y lo normal en tal anormalidad. Pero ser loco «en todo» y de «todas maneras» –*pantápassi*–, es ser tan excepcionalmente loco que desbarre en lo humano, en lo divino, en lo físico, en lo moral... Loco de verdad no es el desgraciado que se cree ser Napoleón o de vidrio. «Loco de verdad» es quien se cree ser juez de Dios –juez de si existe o no existe nada menos que Dios–; se

creo, pues, ser Superdios. «Loco de verdad» no lo fue ni el licenciado Vidriera; lo es quien cree –y tiene la manía de querer demostrar–, que la mente humana –con sus cinco sentidos y tres potencias– es tan transparente, inoperante, fría y neutral como el vidrio de nuestras ventanas: nos permite ver todo, sin obrar sobre nada: visión pura, neutral, objetiva, realista. El realista –material o espiritual, llamado idealista– es loco, no cual el licenciado Vidriera, sino como Doctor Vidrio. Se cree «Vidrio», y Vidrio por excelencia o eminencia. Los escépticos no padecieron de esta manía o tema; mas sufrieron de la inversa. «Dudar de todo», tal fue su «tema».

Y son ya tres las definiciones de filósofo.

Filósofo es un dios, de incógnito en este mundo, con la misión de mirar desde su altura divina la vida de los hombres, y las realidades acá abajo. Filósofo es dios encarnado, dios-hombre, no para salvarnos, y hacernos caer en cuenta de que para eso vino y está entre nosotros, sino para observarnos y observar el mundo, y volver al Olimpo llevando a Júpiter no sabemos qué informes e impresiones confidenciales. Platón –*Sofista*.

¿En qué quedamos: el filósofo es loco o dios?

Cuando una realidad tiene tantas caras, decía Platón, sospechemos que no está muy sana. No tiene aspecto –*phantasma*–, de sana, de «higiénico», *hygiénés*.

Por si no fuera poco con las cuatro de Platón –y con otras muchas más, tantas cuantas filósofos–, Antonio Machado nos da a pensar dos, que, en el fondo, son una: «es el filósofo (...) el hombre que no quisiera dar nunca en el blanco hacia el cual dispara, y para ello lo pone más allá del alcance de toda escopeta, o por el contrario (que viene a ser lo mismo) el hombre que se coloca en el blanco a que todos apuntan, convencido de que es allí donde no pueden caer las balas».

Antonio Machado, poeta, ha calado al filósofo moderno, no por lo que es, sino por lo que pretende hacer.

La ciencia moderna apunta a blancos, metas, hitos perfectamente delimitados, finitos, y a alcanzar o marrar sin lugar a dudas. O el cohete alunizó sin estrellarse, o se estrelló. La bala dio en el blanco o no. Se propuso un Estado, un crecimiento de seis por ciento anual en bienes de capital: lo consiguió o no lo consiguió.

La ciencia sabe cuándo acierta y cuándo fracasa, porque se propone metas fijas y finitas, dispara hacia ellas con escopetas o procedimientos adecuados, definidos y finitos, convergentes a su límite.

La finitud o definición la salvan, o la condenan, sin aplación, sin disimulos, sin subterfugios. Nada de aquellos: «donde digo digo, no digo digo sino Diego».

Conseguida una meta, propónese otra, un poco más allá, siempre meta fija, finita, definida y decisible en cuanto éxito o fracaso. La ciencia procede paso a paso: por eso adelanta.

El filósofo comienza por apuntar al infinito: al inmenso, al intemporal, al inespacial, al incorporeal, al inmortal... y a todos los tipos de supra, trans, plus ultra. Al Superser, Superuno, Supernatural, Sobresustancial, Superhombre...; y dispara hacia Todo: Universal, Universo... Claro está, no hay escopeta que pueda disparar a la vez hacia todas direcciones: dispararse algo hacia todas direcciones es reventar o explotar.

Filosofar no es apuntar hacia qué es el hombre, o qué es número real, o qué es protón...; todo eso son metas finitas, definidas...; quédanse respectivamente para antropología, aritmética, física... La bala del pensamiento, disparada por la escopeta de un método determinado –desde axiomático a técnico–, quedará clavada, fija, limitada en tal blanco.

No se puede filosofar sobre hombre, sin ir más allá de animal racional: hacia sustancia y ser. Ni sobre 1, 5, $\sqrt{2}$, e... Sin atravesar esos hitos de entero, irracional, trascendente, y tirar a cantidad y a ser.

Y no es posible filosofar sobre conocimiento: hay que ir más allá, trans conocimiento sensible –por *ojos*, manos, oídos...–; y más allá o trans conocimiento inteligible –por conceptos, juicios...–: la bala perfora, sin detenerse –cual si fueran menos que papel–, todo eso, y llega a formas a priori, a universalidad, necesidad, a no-singular, no-casual, a in-asibles, in-intuibles, a condiciones de posibilidad.

Total: que el filósofo es el hombre que no quiere dar nunca en un blanco definido y finito –hombre, dos, circunferencia, *ojos*, inteligencia...–; y por ello dispara con escopetas de abstracción, de método trascendental, fenomenológico... hacia más allá, plus ultra, trans de todo lo concreto y determinado, finito y definido, convencido de que tal trans, super, más allá, plus ultra, queda fuera del alcance de toda escopeta. Ser es el más allá

–el trascendental de todos los seres–; esencia es el más allá –el trascendental de todas las esencias...

Algunos pocos filósofos han sabido frenar y detener a tiempo la potencia desbocada del trans, del más allá, del siempre plus ultra.

Kant fue uno de esos pocos.

Los conceptos puros sólo funcionan bien como condiciones para hacer posible la experiencia científica –matemática, física... Más allá, plus ultra, trans toda posible experiencia, los conceptos quédanse vacíos; y la metafísica clásica –que, justa y morosamente, en ello se movía– es huera; no falsa, cual «dos y dos son cuatro y medio». Que una falsedad determinada posee contenido, y él reacciona de manera que resulta factible, por inversión o por *ad absurdum*, llegar a una verdad determinada.

La mayoría de los filósofos han salido disparados por la tangente –perdida su tangencia o contacto en lo real–, en virtud de la fuerza centrífuga del trans, más allá, plus ultra...

Como decía Kant: son la paloma ilusa que, al notar la resistencia del aire, se imaginara poder volar mejor sin aire.

Metafísica clásica, teología, mística... son, todo ello, modelos de no querer «dar nunca en el blanco» hacia el cual se dispara; y, para ello, ponerlo «más allá del alcance de toda escopeta» –allá, en el Otro Mundo, allá en el Infinito.

No obstante, esa fuerza centrífuga del más allá, plus ultra, trans –tan sentida por Platón, Plotino, Tomás de Aquino, Hegel...–, es bien real; lo es por modo de dirección o vector cual los que, en su humilde y cotidiano orden, llevan un auto o una bala.

La dirección que lleva un auto no pesa, ni se calienta, ni alumbra ni se compone de átomos y moléculas. Tan sutil cosa es, real siempre, que la matemática moderna se ha visto obligada a inventar un cálculo especial –el vectorial– para tratarse con vectores: hacia la derecha, hacia la izquierda, hacia arriba... al derredor de... Las direcciones son magnitudes físicas originales, frente a protón, neutrón, sol, tierra, auto, gravitación, electromagnetismo... Pero ese componente físico de traes, más allá, plus ultra... nunca queda suelto, en el aire o vacío absoluto: la dirección es dirección del cuerpo A hacia la meta b...; el vector «rotación» lo es del cuerpo G al derredor del cuerpo M...

Haber confundido vector con realidad básica –denominada actualmente escalar–, creer que vector o dirección es una realidad del mismo tipo que sol, tierra, protón, auto, calor, co-

lor... es un disparate no cometido por la física actual, reincidentemente cometido por la metafísica moderna después de haber incurrido inocentemente en él la clásica.

Infinito, o más allá de todo lo finito; inmenso, o más allá de todo lo medido y definido; intemporal, o más allá de todo lo temporalmente delimitado... son simples direcciones; jamás, constitutivos internos de nada. Que «Dios es infinito» equivale a la afirmación el auto se compone de «hacia la derecha», de «hacia la Derechísima», de «hacia arriba», de «hacia Arribísima»...

Nadie que ignore geometría, entre aquí –cuentan que fue el lema, mandato y condición–, inscrito en el friso de la academia platónica. Nadie que ignore cálculo vectorial entre a hacer metafísica o teología actuales.

Pero si disparar hacia Ser, Dios, Infinito, es, desde el punto de vista de un psicoanálisis ontológico, «no querer dar nunca en el blanco» y para ello ponerlo «más allá del alcance de toda escopeta», no caigamos en el error de pensar que eso de más allá, plus ultra, trans sean meras palabras, frases huecas; error equivalente a pensar que eso de «hacia arriba», «al derredor de»... son pura e ineficiente palabrería física. Dios nos libre de auto mal dirigido y de pedrada bien dirigida. La cantidad de realidad –acéptese benévolamente la frase– es igual en auto o piedra bien o mal dirigidos; los efectos son catastróficos al menor cambio de dirección, sin cambio alguno en la realidad «escalar» o física de tales cosas. Eso de «traes, plus ultra, más allá» es algo bien real, y no es cuestión de perderlo en filosofía.

No tiene el menor sentido preguntarse o proponer a la técnica el que nos transforme «hacia arriba» en protón, o nos diga a cuántos gramos equivale eso de «hacia la derecha».

¿No habrá un blanco tal que, concreto, y determinado, cambie de manera que el «plus ultra» halle siempre algo nuevo a qué apuntar, a qué dirigirse, porque el blanco mismo se innova, se crea a sí mismo?

Antonio Machado nos sugiere una respuesta: si colocamos al hombre en el blanco, o hacemos que el hombre sea el blanco o meta del trans, del más allá, del plus ultra, todos nosotros: los hombres, filósofos o no, al apuntar a él, al disparar hacia él –hacia Hombre–, los conceptos, realidades psicológicas, sociales, políticas, religiosas, metafísicas... no darán en él. En El Hombre; siempre quedará al trans, al super, al plus ultra, al más allá, «Algo más allá, Algo superior, Algo plus ultra...» en que no podrán caer las balas y quedar ya atascadas en Él, ago-

tado o exhausto el poder transfinito, o superfinito del plus ultra, trans, más allá.

Para ello basta con una cosa muy sencilla de decir: que el hombre se cree a sí mismo, se vaya inventando nuevas maneras de serse; y no esté atascado desde siempre y para siempre en una sola definición en un solo tipo de serse animal, y en un solo modelo de serse racional.

Que el hombre no tenga definición; que en cada momento de su historia *esté* siempre *siendo* algo determinado: mas que no *sea* algo determinado. Que el hombre no tenga esencia; que tenga historia.

Que el hombre no *sea* animal racional; que *esté siendo* animal racional; que, así, el agua no *es* líquida, está *siendo* líquida, y, por estarlo siendo, y no serlo, puede estar siendo hielo o nube...

«El hombre es inventor», tal sería la única definición buena de hombre, pues es definición desdefiniente, dialéctica. Y que el hombre sea inventor –en todos los órdenes: de técnico, por político... a religioso y científico...– es el dato básico y típico de la antropología actual.

El hombre inventor de sí y de un mundo para sí es el blanco a que todas las épocas de la historia del hombre apuntan, convencidas de que no caerán en él las balas, seguras de que la humanidad –y su haber: física, matemáticas, política, religión, arte, filosofía...– no quedará atascada en escatología, física, religiosa... política, filosófica, con una definición definitiva cual la de «vertebrado, mamífero, primate raciocinante», tan atascada ontológicamente cual otros en «vertebrado mamífero rumiante».

II

Poeta hubo, y no de los menores en nuestra lengua, que se metió a definir qué es Poesía. El fracaso Inconfesado del tal empresa lógica lo disimuló con una galantería hacia su amada

La Poesía... eres Tú

No preguntes jamás a un filósofo, y menos a un filosofillo, qué es filosofía, pues os responderá de una u otra manera: discreta o indiscreta, directa o elíptica

La filosofía... soy yo.

Lo cual no es, evidentemente, una definición.

Frecuentemente es un «pronunciamiento». En cuanto malhadada categoría «política», «pronunciamiento» es algo muy hispanoamericano, de origen español.

«Pronunciamiento» en cuanto categoría de política «filosófica» es originaria de otras naciones de otro continente. No lo importemos, por mucho que nos tienten.

Pero jamás tal «pronunciamiento» a favor de una filosofía llegará a la «definición» de filosofía que Antonio Machado, discretísimamente, nos sugiere:

Filosofía es humanismo transcendental.